

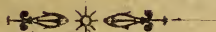
5995

GONZALO VALERO MARTIN

# JUEGO DE ALMAS

COMEDIA MODERNA

en un acto y en prosa, original



Copyright, by Gonzalo Valero Martín, 1909

MADRID  
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES  
Núñez de Balboa, 12

1909

3



**JUEGO DE ALMAS**

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# JUEGO DE ALMAS

COMEDIA MODERNA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

GONZALO VALERO MARTIN

---

Estrenado en el TEATRO ROMEA el 23 de Marzo de 1909



MADRID

B. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1909



*Para tí y tu madre, á tí con toda  
el alma y á tu madre con todo el ca-  
riño y la consideración de vuestro*

*Gonzalo.*





# REPARTO

## PERSONAJES

## ACTORES

- ISABELA (30 años)..... SRTA. VALDIVIA.  
Mujer de Enrique, elegante, distinguida, femenina, enamoradísima de su marido, capaz por retener su amor de las mayores equivocaciones, educada modernamente.
- FERNANDA (40 años)..... SRA. CORONA.  
Soltera, extraordinariamente sincera, amiga de la infancia de Isabela, incapaz de nada malo, no transige con el flirteo moderno.
- JULIA (26 años)..... SRA. EZQUERRA.  
Viuda, más rica en plumas, encajes y sonrisas, que en sentido común.
- ELISA (16 años)..... SRTA. MONTALT.  
Título y rica.
- DOÑA CONCHA (56 años)..... SRA. ENVID.  
Sincera, creyente y buena.
- ENRIQUE (35 años)..... SR. PALACIOS.  
Marido de Isabel, guapo, elegante, impetuoso en sus ideas; es lo que llaman un hombre moderno.
- CARLOS (30 años)..... SR. CASTILLA.  
Elegante, sin afectación, extraordinariamente simpático, rinde culto á la mujer y al talento.
- ALFREDO (36 años)..... SR. LÓPEZ-BENETY.  
Intimo de Enrique, divorciado de su mujer, por culpa de ella, fracasado en la vida, un verdadero caballero.


- RICARDO (18 años)..... SR. VALERO.  
Alma soñadora, criado en una aldea; creyendo, fía en el porvenir y duda que en el mundo exista la maldad; muy aniñado, inteligente, defensor de las grandes tradiciones.
- PEPE..... SR. PALACIOS (A.)  
Sobrino de Ministro y empleado con 4.000 reales.
- UNA CRIADA..... SRA. DORE.
- 

### La acción en un pueblecito del Norte

---

**NOTA.** Durante la escena de conjunto Fernanda y Ricardo, deberán sentarse juntos y aparte de todos, en esta conversación es en la que Fernanda hace comprender á Ricardo su verdadera situación con respecto á Isabela.

Ricardo deberá mostrarse durante toda la obra muy aniñado y acobardadejo.



# ACTO UNICO

---

Un gabinetito coqueto y elegante; en él deben predominar los tonos claros; á los dos lados del foro, habrá dos grandes ventanas: desde la una se dominará el mar, desde la otra el campo.

## ESCENA PRIMERA

ISABELA y ALFREDO

Al levantarse el telón, Isabela sentada en una silla que habrá primer término derecha. Alfredo á su lado

ISAB. Gracias, amigo mío, pero lo dudo; su estrecha amistad con Enrique es lo suficiente para que no crea ninguna de las virtudes de mi marido dichas por labios de usted.

ALF. Le doy mi palabra de honor...

ISAB. Gracias, muchas gracias, pero es inútil.

ALF. Enrique ama á usted como usted se merece y con esto puede figurarse cómo la adorará.

ISAB. Alfredo, nosotras las mujeres no somos tan imbéciles, tan inocentes como ustedes los hombres suponen; la mitad de las cosas que nos creemos ó fingimos creernos, no es por ignorancia, sino por sobra de sentido, ó por exceso de decoro. ¿Piensa que me sería muy

difícil saber en este instante de Enrique?... No; no lo crea, lo sé todo, todo... fueron ustedes demasiado confiados al no encerrarse en su despacho. Lo escuché todo, el encargo de mi marido á usted. (Imitando á Enrique.) «Mira, Alfredo, comprendo, que no hago bien, pero no sé lo que me sucede.. no, no... no me digas nada, no es este el momento de los reproches. Si vieras qué bonita es... rubia... blanca... ¡ideall!.. Anda, hazlo por mí, por tu mejor amigo...»

Usted se resistía, pero le rogó tanto, tanto que por fin accedió.

«Quédate.. ¿qué tiene de particular?... ¿No pasaste otra temporada con nosotros?... Pues igual esta.. y así pasaré estos cuatro días tranquilo sabiendo que tú vigilas mi casa y evitas cualquier chisme á mi mujercita... mira que son muchos los enemigos que tengo.»

Usted no sé con qué fin accedió á ello; y van tres días, *tres días* en que no me deja un instante sola, en que el correo no llega de primera intención á mis manos y en que no cesa de hablarme bien de Enrique, tan bien, que casi le condena en sus lisonjas.

No juzgo, por lo tanto, muy clara la conducta de mi marido ni la de usted, amigo Alfredo.

ALF. (Levantándose.) Esto es ofensivo.

ISAB. Para mí.. y puesto que ha llegado el momento de la verdad, no me parecería nada incorrecto que abandonara usted mi hotel.

ALF. No me imaginé nunca que un niño provinciano pudiera cometer tantos extragos en una familia honrada.

ISAB. ¡Es usted un perfecto canalla!

ALF. Un buen amigo de Enrique.

ISAB. Salga usted de mi casa.

ALF. En ella me dejó su marido y en ella debo esperar su regreso... A los pies de usted.

(Mutis.)

ISAB. ¡Oh... infame, miserable, granuja!

## ESCENA II

ISABELA y FERNANDA

FERN. ¿Que es esto, que te sucede? (Entrando.)

ISAB. ¿A mí?... Nada.

FERN. En vano tratas de ocultármelo. Si nada te sucedía... ¿á qué esos insultos, esos gritos, ese llanto? ¿Vas á ser ahora reservada conmigo?

ISAB. Tienes razón, acabo de echar á Alfredo de mi casa.

FERN. ¿A Alfredo?... ¿Por qué?

ISAB. Es un perfecto canalla.

FERN. Isabel, hiciste mal; Alfredo es el inseparable del tuyo, todos los maridos tienen siempre un amiguito, del que no toleran hablar mal ni á su propia mujer...

El de Enrique es Alfredo... por mucha razón que hayas tenido siempre encontrará en su conducta una disculpa tu marido.

Además, creará que son manías, celos tuyos de que él tiene la culpa de sus viajes.

ISAB. Le convenceré fácilmente.

FERN. Tu marido le quiere mucho, realmente es la única familia que tuvo hasta conocerte á tí... es, pues, natural, que defienda cuarenta años de amistad sincera, de continuo trato, de eterna confianza; yo sé que nuestra intimidad te cuesta alguna pequeñita riña de vez en cuando con él... y por esto tú no vas á dejarla, ¿no es cierto?

ISAB. ¿Qué cosas preguntas!

FERN. ¿Lo ves?

ISAB. Tú no tienes razón porque no hay fundamento.

FERN. Sí, hija, sí lo hay; los maridos toleran á gusto las amigas de las mujeres cuando éstas son más jóvenes y más hermosas que la suya, pero una inseparable vieja y fea les cuesta un *trabajo*... es natural; la vejez sirve para guiar y aconsejar el candor de la espo-

sa y la fealdad ofende á la vista..., *si á esto añades una honradez acrisolada*, llega al límite de lo *irresistible*... una mujer que no tolera un apretón de manos, ni una sonrisa, ni la amistad de una flirteadora que aconseja á la casada el alejamiento de tal ó cual amiga (siempre con razón) que por lo general es la amiga predilecta del marido, comprendo su desesperación y me maravillo de su paciencia cuando no las pican.

Pues si esto que es verdad y tiene fundamento no se lo tolerarías...

ISAB.  
FERN.

(Levantándose.) ¡Jamás!  
¡Qué de extraño es que él trate de defender á su único amigo, á su hermano del alma! Que elija entre los dos.

ISAB.  
FERN.

Piensa lo que vas á proponer.

ISAB.  
FERN.

*Estoy resuelta.*

ISAB.  
FERN.

¿Te parece poco motivo hacerme el amor?

ISAB.  
FERN.

¿Tienes cartas... pruebas?...

ISAB.  
FERN.

*Yo no miento jamás.*

Siento que adoptes esa actitud conmigo; pero aunque te enfades he de decirte dos palabras... *¿es únicamente por galanterías tuyas por lo que deseas arrojarle? La verdad: ¿ó es que te molesta tenerle cerca de testigo?*

ISAB.  
FERN.

No te entiendo...

ISAB.  
FERN.

Isabela, tú estás jugando, y haces mal, con el corazón de...

ISAB.  
FERN.

¡Calla! Cómo, ¿también tú?...

ISAB.  
FERN.

Es una infamia.

No digo lo contrario, pero nunca se calumnia sin algún motivo. (Mimosamente.) *Vamos, querrás convencer ahora á tu amiguita madre de que eres incapaz de nada malo... Lo sé, pero eres muy niña á pesar de tus treinta años... Este círculo de verano que tratamos sin más antecedentes que los que ellos mismos nos quieren dar, no te sientan muy bien; eres buena, pero amas demasiado á tu marido, y por acercarle más á tí sacrificarías al mundo entero.*

ISAB. Es verdad... por él lo hago *todo, todo...* llevo unos días horribles de celos, de nervios, de sensaciones extrañas... ¡por qué te lo he de negar! quiero, cuando llegue, confesarle yo misma que hay un hombre que muere por mi, que me ama, que me adora, que mientras él me abandona hay quien sufre y daría su vida por acercarse á mí; quiero decírselo, demostrárselo, *hacerle sufrir como yo sufro.*

FERN. ¿Estas son tus ideas?

ISAB. Sí.

FERN. ¿Y por qué echas tan ofendida á Alfredo?  
*¿porque te molesta oír de labios de otros lo que tú piensas?*

ISAB. ¡Fernandal

FERN. Es indigno... si quieres jugar con un corazón, elige uno de tu mismo vigor, del mismo temple que el tuyo, lucha con él y atente á sus consecuencias, pero no escojas el de un pobre niño provinciano que te lo ofrece sin maldad, probablemente con otras intenciones que las que tú supones; esto no es digno de una mujer...

ISAB. Acaba...

FERN. Perdona... pero es cierto... ¡pobre Ricardo!...  
¿por qué habrá salido de su aldea?...

Además, no sabes á lo que te expones; estos niños enamorados son á veces más temibles que el hombre más fuerte. Esta misma humildad que les rodea, les hace tan sensibles á toda pena.. que son capaces de...

ISAB. No temas, es un niño; lo mismo que lo enamoré lo desenamoraré... bastará que sorprenda un beso mío dado con toda el alma á mi marido para que se desapasione... no hagamos novelas... tú siempre adoleciste de ver en todo la parte romántica; así no se puede vivir; yo... solo veo en este momento que me hace falta su pasión para asegurarme la de mi marido, porque, créete, Fernanda, *que los hombres no empiezan á amar, á considerar y á respetar á su mujer hasta que no*

comienzan á tener el temor de que otro se la lleve.

- FERN. Respetables son todas las teorías, aunque éstas sean absurdas.
- ISAB. Como las mías.
- FERN. No juraría lo contrario.
- ISAB. No te enfades conmigo.
- FERN. No... lamento tu porvenir con esas teorías.
- CRIADA. Las señoritas de Ontoya.
- ISAB. Que pasen.
- FERN. ¿Esperas gentes?
- ISAB. Sí, pero son todas de confianza, puedes quedarte.
- FERN. Haces mal, Isabela, hoy que precisamente llega tu marido.
- ISAB. Por eso precisamente, *por eso quiero* que me sorprenda en plena fiesta.
- FERN. Haces mal.

### ESCENA III

DICHAS y ELISA, JULIA, DOÑA CONCHA, CARLOS, RICARDO y PEPE. Entrando todos al tiempo

- ISAB. ¿Qué es esto?
- JULIA Venimos de casa; desde las dos tolerando ideas de Carlos.
- CAR. Regocijándose con ellas.
- ELISA (A Isabela.) ¿Y tu marido?
- ISAB. Supongo que bien.
- RIC. ¿Cuándo llega?
- JULIA (Recalcitrante á Ricardo.) ¿Le interesa á usted mucho?
- D.<sup>a</sup> CON. Hagan ustedes el favor de no comenzar á azorarme al muchacho.
- CAR. A Ricardo le defiendo yo.
- RIC. Ricardo se defiende solo.
- TODOS No ha estado pesado.
- PEPE ¿Supongo que tendremos té?
- ISAB. Ustedes mandan, están en su casa.
- ELISA (A Pepe.) ¿Me hace usted el favor?
- PEPE Y sin favor, condesita.
- ELISA Es usted muy amable.



- PEPE Nunca tanto como usted se merece. (Yéndose juntos á la ventana que dará al campo.)
- ELISA Por fin, ¿quién tenía razón, usted ó su hermano? ¿Cómo se llevan los sombreros?
- PEPE Como yo dije, con plumas y bridas.
- ELISA Usted sabe de todo.
- PEPE *Por algo soy hombre.*
- ELISA También es verdad. (Elisa y Pepe deberán permanecer de pie mirando por la ventana que dará al campo.) ¡Qué descaró! ..
- PEPE ¡Qué indecencia!
- FERN. ¿Qué sucede?
- ELISA Un hombre y una mujer...
- JULIA ¿Qué habéis visto?
- ELISA Por poco se dan un beso.
- CAR. Esta es la vida, no nos hace daño ni nos molesta ver una mujer y un hombre ir juntos llorando por la calle y nos asustamos y nos ofende pensar que se puedan dar un beso.
- JULIA Naturalmente.
- ISAB. (A Fernanda.) ¿Por qué no te acercas?
- FERN. Estoy encantada oyendo á Ricardo.
- ISAB. Tendrías muy mal gusto si no lo estuvieras.
- RIC. Son ustedes las dos muy amables.
- JULIA O usted muy listo.
- D.<sup>a</sup> CON. Hubiera sido una pena no haberle traído conmigo y haberle dejado en la aldea; yo soy mujer y vieja, por lo tanto es natural que no entienda mucho, pero la verdad, creo que Ricardo vale, vale...
- RIC. Abuelita, omita usted sus opiniones, respetables por ser tuyas, pero que á estos señores interesan poco.
- CAR. Hace usted mal en creer eso, al menos por mi parte.
- FERN. Y por la mía.
- JULIA Y por la mía.
- RIC. Y usted, Isabela, ¿qué piensa de todo?
- ISAB. Que es usted demasiado escamón, ó demasiado presumido y le gusta oír la letanía de piropos que á cada momento le dedicamos.

- RIC. Es posible.  
ELISA ¿Pero qué es esto, nos van ustedes á dejar sin nuestra partidita?  
JULIA Las parejitas jóvenes reclaman su partida de *lontennis*.  
FERN. (Levantándose.) Yo las acompañaré.  
ELISA Siempre tan buena. (A Pepe á media voz al salir.)  
¿Quién tenía razón usted ó su hermano?  
¿Cómo se usan los trajes?  
PEPE Como yo le dije; directorios y de color fresa, *crasé*.  
ELISA Entiende usted de todo.  
PEPE *Por algo soy hombre*.  
ELISA ¿No viene usted, Ricardo?  
RIC. Ya creo que les dije que no entendía ese juego.  
ELISA Tiene usted razón. (Mutis.)

#### ESCENA IV

JULIA, ISABELA, DOÑA CONCHA, CARLOS y RICARDO

- JULIA Querido Carlos, sus teorías le llevarán á mal sitio.  
ISAB. Ya le está pinchando á usted.  
CAR. Para escandalizarse luego.  
JULIA Tú sabes... ¡pobre comercio en el que penetre este hombre!  
CAR. ¿Por qué? Yo soy incapaz de nada malo ni de nada indigno, y como pienso que la deuda no es de malo ni de indigno, por eso la disculpo...  
Creo que la humanidad se divide en dos bandos, uno que tiene necesidades y otro dinero, y, por lo tanto, es muy lícito que el dinero de los unos sirva para la satisfacción de las necesidades de los otros.  
RIC. Usted, por lo visto, pertenece al primer bando.  
CAR. Naturalmente... ¿Hay algo más antieducado que la ley de la costumbre? ¿Qué harían us-

tedes si al entrar en mi casa les reclamase un duro por cada silla que les prestase?

D.<sup>a</sup> CON.

No dárselo.

JULIA

Lllamarle grosero.

CAR.

Pues en este delito incurren á diario todos los empresarios de los teatros y no nos ofendamos con ellos. Y supongo que no encontrarán ustedes más entretenida una representación teatral que una de estas conferencias mías.

JULIA

Por supuesto.

CAR.

Y si al pedirme uná taza de té, una copa de Jerez ó un simple vaso de agua les exigiera cierta cantidad, *en mi casa por supuesto...*

JULIA

¡Qué célebre es este hombre!

CAR.

Pues todos los días nos hacen esta misma exigencia esa colección de reposteros elegantes, que les cobran á ustedes el agua por la tarde en su casa y las flocean por la noche en su platea.

Yo, si fuera joyero, ¿cómo habría de extender la mano para cobrarme el gusto de ver colocados unos pendientes de mi pertenencia en las lindas orejillas de una mujer encantadora que me rogaba en voz tierna y melodiosa (como ustedes saben hacerlo cuando quieren): «Ande, rebájemelos usted, ande, no es usted río y puede volverse atrás; rebájeme el pico... ¿Me va usted á dejar marchar sin ellos?»

¡Qué digo los pendientes! el escaparate, la joyería conmigo dentro se llevaba la buena señora... y esto en toda relación de cosas. ¿No tiene usted para un abrigo? Pues la pulmonía será con usted. ¿Para unas botas? Pues marchará usted descalzo. ¿Para tabaco? Pues se fuma un dedo.

Y esta serie de faltas y atenciones por parte de los propietarios de los productos, no nos ofenden y las toleramos, y cuando algún infeliz mortal *padre de familia debe algunos kilos de carne*, le censuramos, le criticamos y á veces hasta le llamamos *canalla*.

RIC. Usted no pensará poner comercio en la vida.

CAR. *Tengo almacén de ideas y éstas se las regalo á todo el mundo.*

ISAB. Pues yo sé de uno á quien no dejaba usted á deber ni dos pesetas.

CAR. ¿Se llama?

ISAB. Orellana.

CAR. Orellana.. (Sacando la cartera y enseñando una carta.) ¿Es éste, por ventura... zapatero?

JULIA El mismo, el mismo.

CAR. Treinta y cinco duros.

JULIA Pero no sé cómo lo dudaste; el hombre que debe á Duchére...

CAR. Dos mil francos.

JULIA Capaz es de deber á Napoleón.

CAR. Yo debo y hacen bien en fiarme; yo llegaré, tengo la seguridad, la certeza, la evidencia de ello; y entonces... ¡qué chasco para mis acreedores!... ¿A éste adeudo cien duros? pues doscientos. ¿A éste mil? pues dos mil.

Yo censuro al que debe sin tener derecho porque esto, como todo, sigue las teorías de lo finito y de lo infinito.

El que no tiene más que diez mil duros para toda su vida, hace bien en conservarlos y en alimentarse de cocidos y merluza... Ahora, el que tiene muchos miles de pesetas en el cerebro, hace bien en gastarse esta misma cantidad en trufas y champagne y no caer de nada; precisamente cuando uno necesita que le fíen es al principio para poder llegar... una vez alcanzado el puesto que ambicionamos, ya no necesitamos de nada ni de nadie.

Me parece que estas teorías mías no son del todo descabelladas.

Si la humanidad, siguiendo mis consejos, se ayudaran los unos á los otros, no habría fracasados en el mundo.

Dada la orientación de la vida moderna, la mayor desgracia que Dios le puede dar á uno es concederle un alma grande y un espíritu amplio.

- JULIA Es usted encantador.  
D.ª CON. Yo me siento rejuvenecer oyendo sus ingeniosas equivocaciones.
- ISAB. Y usted, Ricardo, ¿qué opina de estas ideas?  
RIC. Me parecen algo exageradas, pero no del todo injustas; creo que el *corazón y el sentimiento común son los dos grandes enemigos de la felicidad.*
- CAR. Es usted un gran muchacho, y como es usted tan joven, ¡cuántos desengaños le esperan en ese Madrid de sus ilusiones! Por lo pronto, usted se encuentra completamente satisfecho de su profesión de poeta, ¿no es cierto?
- RIC. Ya lo creo.  
CAR. Pues en ese Madrid, tan deseado por usted, los golfos, cuando desean ofender á algún señorito que pasa por su lado, le llaman eso, *poeta*. Además, es la única carrera cuya profesión no se respeta en España.
- JULIA Explíquese.  
D.ª CON. Escuchemos.  
ISAB. Atención.  
RIC. ¿Ustedes han oído alguna vez á alguien que se permita aconsejar á un arquitecto, que nos enseña unos planos, discutir la resistencia de tal ó cual muro? En la vida... nos limitamos á verlos y á callarnos. Cuando un abogado en presencia nuestra discute tal ó cual pleito, respetamos sus conocimientos jurídicos y nos abstenemos de aconsejarle. ¿Qué diría un médico al que avisásemos para un enfermo nuestro y cuando nos diese la solución de la enfermedad le responderíamos: «¡Cál... No señor... no es tísis, es tifus?» Nos mandaría á la porra; bueno, pues esto es lo que sucede con nuestra profesión; todo el mundo se cree con derecho á aconsejarnos.
- Se trata de una comedia... Hombre, yo le hubiera dado otro final, dice el uno. Yo le hubiese alargado la escena de los celos, el otro. Suprima usted el doctor y ganará la obra, replica el de más allá.

Que son poesias... ¡Qué lástima! esa cuarteta final, el uno. Suprima los últimos versos, le quitan elegancia, el otro. Y así los unos y los otros se creen con autoridad á dar su voz y voto.

Todas las profesiones tienen sus distintivos menos la nuestra: los abogados la toga, los militares el uniforme, los médicos su seriedad y los políticos *su torpeza*.

¿Por qué nosotros no habríamos de tener el nuestro? Y, por lo tanto, no haríamos caso de las tonterías dichas por el bruto que no ostentara nuestra insignia ni le concediéramos la palabra ni la entrada en nuestras discusiones... ¿Por qué esa falta de respeto en nuestra profesión, siendo indudablemente la más digna y la más honrosa puesto que Dios la concedió?

Todo aquello conquistable por el estudio ó por el dinero es infinitamente inferior á lo que no podemos adquirir, puesto que nace con uno y con uno muere.

Hay, pues, tres cosas en la vida del hombre que merecen toda la consideración y el respeto, que se encuentran por cima de todo, y son: *la madre, la tierra y el talento*.

JULIA (Levantándose.) Lástima de discurso desperdiciado.

CAR. Jamás soñé con mejor auditorio.

JULIA (A Ricardo.) ¿Firmó usted nuestras postales?

RIC. (Entregándolas.) ¿Cómo no?

D.<sup>a</sup> CON. Son muy lindas.

RIC. Abuelita...

JULIA Muchas gracias... Esta es la mía... y esta la de mi sobrina; le advierto á usted, Ricardo, que se trata de una mujer muy bonita.

CAR. Léalas usted.

JULIA Allá va. La de mi sobrina.

Ni sé quién eres

ni te ví jamás,

sólo sé que eres pura y hermosa;

¿para qué saber más?...

Preciosísima...

TODOS Preciosa.

- JULIA      La mía.  
              De una virgen llevas  
              el nombre y la dulzura  
              hasta el punto, que todo el que te vea,  
              dudará si eres tú  
              ó es ella misma,  
              que ha bajado á la tierra.
- CAR.      Verdaderamente encantadoras.
- RIC.      La de usted, Isabela.
- JULIA      Leénosla.
- ISAB.      «La desgracia mayor».  
              Unos dicen que es nacer  
              y otros dicen que es morir  
              yo digo que es conocer  
              lo que debemos de hacer  
              y no poderlo cumplir.
- JULIA      Ideales; á usted Carlos no le pregunto, por-  
              que supongo que no las habrá firmado.
- CAR.      Pues se equivocó; tenga las suyas... La de  
              usted, Isabela, puede agradecérmela; cuando  
              me disponía á firmarlas me entregó el carte-  
              ro una carta con la agradable noticia de la  
              devolución de unos versos de *Blanco y Ne-  
              gro*.
- JULIA      (Leyendo.) Tu querer ya lo olvidé.  
              Lo que no puedo olvidar  
              es el reloj que empeñé  
              para convidarte á cenar.
- (Bajo á Carlos ) Eres imprudentísimo.
- ISAB.      (Leyendo.)  
              Los ojos de usted, morena,  
              son mucho más rebonitos  
              que los de *Luca de Tena*.
- CRIADO    Cuando los señores dispongan, el té espera.
- ISAB.      ¿Por qué no lo sirve?
- CRIADO    Ordenaron los señoritos que lo colocara en  
              el saloncito de música.
- D.<sup>a</sup> CON.    ¡Qué comodonas se van haciendo las gentes  
              jóvenes!
- CAR.      En marcha... el té espera y con el té las pas-  
              tas. (A doña Concha ) Usted, señora, deme el  
              brazo á mí y usted, Ricardo, á Isabela, y us-  
              ted, Julia, cuélguese de este otro...
- JULIA      Es encantador. (Mutis.)

## ESCENA V

ENRIQUE y ALFREDO

- ENR. No, no; no quiero verla hasta que estemos solos.
- ALF. No hay fundamento; únicamente las gentes como son tan chismosas... además se trata de un chiquillo... que no sabe contener sus miradas... tiene veinte años, yo creo que sin que ella misma se aperciba, puedes alejarle de aquí. Te repito que el caso no reviste seriedad alguna.
- ENR. Voy á llamarla.
- ALF. (Deteniéndolo.) Lamento haberte dicho nada, no seas ridículo, ni des proporciones á lo que en realidad no tiene ninguna.
- ENR. Alfredo, ¿me dijiste la verdad?...
- ALF. Jurado por nuestra amistad, *por mi madre*.
- ENR. Gracias... pero mira, siempre es molesto que principien estas tonterías. Diez años de matrimonio y hasta ahora nunca le dejé de parecer excelente mi manera de proceder.
- ALF. Te quiere demasiado, bien lo sabes, y á veces es más peligroso para la caída el excesivo amor que el despejo. Quien no ama, no siente la necesidad de la venganza, del sufrimiento del ser querido. La mitad de los delitos de adulterio son cometidos en un momento de celos amorosos del ser que adora.
- ENR. Calla, calla, calla, calla... te lo ruego... la verdad de tus palabras escalofría mi alma. (Mirando por la ventana que dará al campo.) Parece que se marchan... ella se acerca...
- ALF. Te dejo...
- ENR. Como quieras.
- ALF. Ten cuidado con tus palabras... piensa que te quiere mucho. (Mutis.)
- ENR. No temas... el caso es que tiene razón... ella se acerca-



## ESCENA VI

ISABELA y ENRIQUE

- ISAB. ¿Te decidiste á volver?  
ENR. Más natural que esa pregunta hubiera encontrado un beso.
- ISAB. Preparado lo tenía para tu llegada, pero como ví que antes de venir á mis brazos tenías que despachar asuntos con Alfredo, me...
- ENR. Tú sabrás lo que haces. (Momento de silencio)  
ISAB. ¿Dejaste arreglados tus asuntos?  
ENR. Todos.  
ISAB. Lo celebro en el alma; yo también afortunadamente tengo los míos en regla.
- ENR. ¡Isabela!...  
ISAB. ¡Enrique!...  
ENR. ¿Y Ricardo viene mucho por aquí?  
ISAB. Como supongo que no te molestará si, viene bastante...
- ENR. Más de lo que hace falta.  
ISAB. ¿Tienes celos?  
ENR. ¿De quién, de ese monigote... que podría ser mi nieto?
- ISAB. No es tan niño...  
ENR. No sueñes, Ricardo no puede encelarme á mí; un puntapie bien dado bastará á colocarle en el lugar que le corresponde.
- ISAB. (Irónica.) Fíase mucho en tu poder y su cobardía.  
ENR. Fío en mi razón y esto es bastante.  
ISAB. Si crees tenerla.  
ENR. ¿Pero eres tú, Isabela, (Dramático.) quién me habla así?
- ISAB. Tú diste motivos.  
ENR. Isabela... muda de actitud ó no respondo de mí; ¿qué quieres demostrarme con ese gesto de indiferencia? pronto, ¡responde!...
- ISAB. Ni quiero demostrarte nada, ni tengo por qué darte explicaciones.  
ENR. Isabela. Tú estás mal aconsejada por al-

guien que no te quiere bien, ni vela por tu felicidad.

ISAB. Al contrario; si hay alguien que me aconseja, es alguien que bien me quiere.

ENR. Mira, nenita... no sigas en ese pie ridículo en que te has colocado, tal vez para evitar una conversación que presientes venir.

ISAB. Ignoro el sentido de tus palabras y no temo conversación alguna.

ENR. En cuanto vosotras las mujeres casadas escucháis un floreo dos veces seguidas por labios de una misma persona, pensáis que es un marido que habéis perdido, sin comprender que todos nosotros, *todos*, decimos flores en la calle y probablemente si la mujer á quien juramos al pasar nuestro amor, accediera, nos veríamos en la mayoría de los casos, en la triste situación de no poderla complacer. Los hombres, por regla general, salen á la calle á buscar el dinero para la plaza, ó la mensualidad para el casero ó el salario del ama, van preocupados por sus asuntos, pero como tienen ojos en la cara, esto no les quita de morirse de fatigas al paso de una morena graciosa, ó de una rubia delicada. Llego á más: á que dejen sus asuntos y marchen tras ella; irán una hora, dos, tres, un día, cuatro, diez... pero de esto á jurar *ante Dios amor eterno á una señora*, á quererla, á adorarla, á bendecirla, á autorizarla á que eduque á los hijos de uno y á que los inculque sus ideas, hay mucha diferencia; amigos del *momento* se encuentran muchos; maridos, no; y pienso, *Isabela, que no debe ser el ideal de la mujer servir de «neceser» en el cuarto de «toilette» de un hombre.*

ISAB. Enrique, haces mal, muy mal en ser tan confiado.

ENR. Peor haces tú en demostrarte... Por lo pronto, terminaron las reuniones.

ISAB. Mientras esté á mi lado, con alma y vida.

ENR. Mañana mismo regresaremos á Madrid.

ISAB. ¿Lo dispuso el señor?

ENR. Antes suplicaba, *hoy mando*. Tienes el dere:

cho de morirte si quieres, jamás el de ponerme en evidencia.

**ISAB.** (Dramática.) Qué máximas tan egoístas las vuestras; vosotros tenéis derecho á todo; una querida en vosotros, no entorpece la felicidad conyugal, y un pequeño flirteo en nosotras, la destroza. Nos tenéis abandonada el alma, y pensais que con la materialidad de darnos un hijo á menudo, estamos complacidas. Os ocupais más de la última querida que de la mujer propia, y ponéis como disculpa nuestra honradez. Nos abandonais temporadas enteras, no se os ocurre regalarnos una ropa interior coqueta, porque huele á *cocot*, y os enamorais de ellas porque las usan. Encontrais encantadoras sus desenvolturas y sus ocurrencias, y no nos concedéis derecho á la menor libertad. Es natural... tenemos que resultar *imbéciles*... ¡Ah!... pero no es porque lo seamos, no! ¡no!... sino porque nos *cohibís*. (Sentenciosa.) La última de las mujeres honradas tiene *infinitamente* más atractivos físicos y más encantos personales que la más empingorotada de las rameras. Si no nos concedéis derecho á desplegar nuestros encantos, ¿por qué os quejais de que no los poseemos? Es natural, acostumbrada al trato rígido del marido, nos trastorna el menor piropo y llegamos á creer en la certeza de aquel que nos jura habría sido más consecuente con nuestro cariño. (Muy sentenciosamente.) Todas las mujeres por muy honradas que sean tienen su hora de *pecado*. ¡Ay del esposo que no sabe en aquella hora sustraer los respetos del marido para encarnarse en el papel de amante! Por eso son felices los matrimonios que gozan de esa promiscuidad encantadora...

**ENR.** (Trágico.) ¡Isabela, esas ideas!...

**ISAB.** Son mías, mías, mías, pensadas por mí en *muchas noches de insomnio cruel, de desesperación horrible*.

**ENR.** (Cogiendo á Isabela por los brazos y mirándola escru-

- tadoramente.) ¡Isabela!... ¿de qué te ha hablado Ricardo?
- ISAB. ¿Por qué me lo preguntas?
- ENR. Responde... empiezo á creer que Alfredo...
- ISAB. ¿Alfredo te contó...?
- ENR. Responde... ¿De qué te hablaba?
- ISAB. (Desasiéndose de los brazos de Enrique.) ¡De amor, de amor...! No te lo niego.
- ENR. ¿Y tú...?
- ISAB. Hasta ahora nada, te lo juro.
- ENR. (Yendo hacia Isabela.) ¡Miserable!...
- ISAB. (Acusadora.) ¿Por qué me abandonaste?
- ENR. (Tomando entre sus brazos á Isabela y retirando los rizos de su frente.) ¡La verdad... la verdad!... ¡Quiero la verdad... cuéntamelo todo, todo, todo! ¿Lo oyes...? ¡Todo! ¿Cómo empezó?
- ISAB. ¡Quita, quita, quita! (Desasiéndose.) Ya te juré que nada. (Retrocediendo.) ¡Pero no juegues! ¡No juegues! Que comienzo á creer que mi alma empieza á interesarse.
- ENR. Luego le amas...
- ISAB. No lo sé.
- ENR. Sí le amas, ¡miserable!

## ESCENA VII

DICHOS y RICARDO

- RIC. ¿Se puede?
- ENR. Adelante. (A Isabel.) ¡Vete!
- ISAB. ¿Pero es...?
- ENR. (Imperioso.) Vete, vete, vete. (A Ricardo.) Ricardo, necesito hablarte.
- RIC. Estoy á las órdenes de usted.
- ENR. Eres demasiado pequeño para intentar engañarme.
- RIC. Don Enrique...
- ENR. ¿A qué has venido ahora?
- RIC. A saludarle á usted y á leerle una composición mía que publica un periódico de la corte.
- ENR. ¿A nada más?
- RIC. A nada más.

ENR. No te juzgué tan astuto ni tan tranquilo... prometes...

RIC. Don Enrique, no acabo de comprender á usted, pero sospecho...

ENR. Eso mismo que piensas... (Muy bajo.) eres un perfecto canallita; así pagas nuestra amistad sincera, mi leal protección; porque eres un muñeco no te...

RIC. Don Enrique, alguien que no me quiere bien contó á usted alguna infame calumnia.

ENR. ¿Pero vas á negarme que os amais?

RIC. ¿A quién...? ¿Con quién?... ¿Quién lo dijo...?

ENR. Ella misma me acaba de confesar que te quiere.

RIC. ¿Cómo...? ¿De veras...? ¿No miente usted?... Usted perdone, don Enrique, tiene usted derecho á todo, pero le juro (Sentencioso.) por mi *palabra de hombre honrado, que nada sospechaba.*

ENR. ¿Nunca dijiste...?

RIC. *En la vida.*

ENR. Entonces, ¿por qué ella...?

RIC. ¿Piensa que si fuera cierto lo hubiese confesado...? No, no tema. (Con intensidad dramática.) Isabela ama á usted extraordinariamente, tal vez más de lo que usted imagina.

ENR. ¿Y tú?

RIC. (Con sinceridad.) Puesto que llegó el momento de la *sagrada verdad*, por el santo recuerdo de mi madre, que no torne á la aldea si voy á mentir. Amo á Isabela... pero es un amor que no puede ofender á usted, es un amor *puro, campesino, inocente, virgen de toda maldad.* Amo en ella la honradez, la pureza, la bondad... hasta el punto que si la hubiera dicho algo y ella hubiese accedido á mi cariño, lo que era amor se hubiese convertido en desprecio. La amé porque la juzgué incapaz de nada malo, porque veo lo que le quiere á usted, á sus hijos... porque me parece que así sería mi madre...

ENR. Ricardo...

RIC. Además, hoy mismo, al amanecer volveré á la aldea. (Con acento de súplica.) ¡No me mire

usted mal, don Enrique... no me niegue su mano... no lo merezco! Isabel jugó con mi corazón para afianzarse más el de usted, á quien *adora con locura*. Quiso demostrarle que había gente que vivía pendiente de su gentileza y de su gracia, y para que el caso resultara más verídico me dedicó dos veces cuatro minutos su atención y me pidió mi poema. Yo, no lo niego, se lo dediqué encantado, la gente se apercibió, á su llegada algún amigo se lo contaría, usted, cuidando de que no volviera á suceder, no se apartaría más de su lado, yo volvería á mi aldea, y ella sería completamente feliz viviendo siempre cerca de su marido á quien *adora*.

ENR.

¿Y cómo...?

RIC.

Esto mismo que acabo de confesar á usted. (Con intensidad dramática.) *Fernanda, que es muy buena, muy buena, me hizo ver el verdadero puesto que yo ocupaba en esta casa.*

ENR.

¡Pobre Ricardo! (Yendo hacia la puerta primer término derecha.) ¡Isabela, I-abela!

RIC.

(Deteniéndole.) ¿Qué va usted á hacer?

ENR.

Espera.

## ESCENA VIII

DICHOS é ISABELA

ISAB.

(Con actitud acobardadiza.) ¿Llamas?

ENR.

Isabela...

ISAB.

Sé que conoces la historia.

ENR.

Pero...

ISAB.

Lo he escuchado todo.

ENR.

¿Y es la verdad?...

RIC.

Exacta. (Momento de silencio.)

ENR.

Ricardo... discúlpanos; Isabel te ruega la perdones, y yo en su nombre; eres joven, inteligente, no te será difícil encontrar una mujer que se enamore de tí, como tú te mereces.

RIC.

(Emocionado.) ¿Quién habla de perdón?... Aquí lo importante es que ustedes sean muy fe-

- lices... esto fué simplemente (Con una sonrisa muy amarga.) una pequeña broma de su señora. Unicamente mi presuncion de niño provinciano tuvo la culpa. Por lo tanto, yo soy el que debo pedirles perdón y rogarles que no guarden mal recuerdo de este pobre muchacho.
- ENR. ¿Quién piensa en ello?  
RIC. ¿Me escribirán alguna vez?  
ENR. Muchas... Tonto... No te digo que te quedes porque te conviene mudar unos días de atmósfera, de horizonte... jamás por otra cosa.
- RIC. Muchas gracias, don Enrique. No me guarden rencor.
- ISAB. (A media voz.) Perdóneme usted, Ricardo.  
RIC. ¡Por Dios... que sean ustedes muy felices es lo que pediré á Dios! (Muy conmovido.) Con su permiso voy á dar un beso á los pequeños.  
¿Me permiten?  
ENR. Con toda el alma.  
RIC. (Mutis, muy conmovido, casi llorando.) ¡Muchas gracias! Ahora volveré.

## ESCENA FINAL

ENRIQUE é ISABELA

- ENR. (Mirando por el balcón al campo.) ¿Qué hiciste, Isabel?
- ISAB. Por acercarte más á mí.
- ENR. ¡Pobre Ricardo!
- ISAB. (Acercándose temerosamente á Enrique.) ¡Te quiero tanto... y tú lo sabes, rey mío... por eso me tratas así... perdóname por lo de antes... todo lo disculpa lo mucho que te quiero! (Abrazándole aññada y amorosamente.) Tengo una envidia á esa mujerzuela, con la que has pasado estos cuatro días... sí, sí, si lo sé todo, *todo*, y te lo perdono todo... qué sé yo, me parece que con ella habrás sido más explícito que eres conmigo... No, ¿verdad que no? Dime que no, convénceme de que no... que

será la última vez que te separes de mi lado... ¿Es que no te gusta mi figura?... ¿Quieres que me tiña de rubia?

ENR.

¡Isabela!

ISAB.

Sí, sí, sé que es rubia esa mujerzuela, pídemme, exígeme, pero ámame, ¡amor mío!

ENR.

¡Sch! Espera, mira, Ricardo.. ¿Por qué no entró á despedirse... ¡Pobrecillo... á esto no hay derecho, Isabel!

ISAB.

No hablemos más, tú, señor tirano, tu amor tuvo la culpa. ¿No me concederás el beso del perdón?

ENR.

Espera. ¡Pobre niño! Salúdale, Isabela. (Acción.) Apenas si se le ve... ¡Que Dios te guíe!

ISAB.

Anda, ¿no me das el beso?...

ENR.

Ten. (En el momento de ir á poner Enrique los labios sobre la frente de Isabela, sonará un fuerte disparo.)

ISAB.

Mira... Enrique... ¡Ricardo!!... ¡Ay! ¡Ay!

ENR.

¡Isabela!

ISAB.

¡Enrique!

TELON



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

*Creencias.*

*Los bípedos.*

*Amor suicida.*

*Distinción.*

*Juego de almas.*

*Canallas de frac.*

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

1877  
1878  
1879  
1880  
1881  
1882  
1883  
1884  
1885  
1886  
1887  
1888  
1889  
1890  
1891  
1892  
1893  
1894  
1895  
1896  
1897  
1898  
1899  
1900



Juan Robles

Portagalte (130)

Precio: UNA peseta